

Minerva Salado*

Resumen

“El ateneísta Pedro Henríquez Ureña” es una reflexión acerca de la participación del intelectual dominicano en el Ateneo de la Juventud, en tanto punto medular en su formación vital y en la trayectoria de su obra, cuya proyección construyó en los primeros catorce años del siglo XX. El paso por México, como para muchos otros, fue forjador de la visión hispanoamericana del joven Pedro, con la que posteriormente calibraría al continente desde el mirador de Washington durante la Primera Guerra Mundial. México desde entonces continuó siendo enclave principal de su percepción latinoamericanista e incluso intentó repetir en varias ocasiones la experiencia del Ateneo mexicano en La Habana o en Argentina, grupos de estudio que jamás alcanzaron la significación intelectual y humana que para él tuvo su primer Ateneo.

Abstract

“El ateneísta Pedro Henríquez Ureña” is devoted to explore the Ateneo de la Juventud (Aethenaeum of Youth) both as a key life passage, and the consolidation of the academic rigor that would be the hallmark of Pedro Henríquez Ureña ulterior production. Pedro Henríquez Ureña also crafted his Hispano-American thoughts during the first fourteen years of the twentieth century he spent in Mexico. These intellectual means allowed him to ponder the American continent from Washington during the First World War. His Mexican experience kept on being the source of his Latin-American perceptions. Pedro even tried to replicate the Ateneo de la Juventud in Havana and Argentina, scholarly circles that never reached the intellectual and emotional significance his first Ateneo had for him.

* Investigadora independiente.

PALABRAS CLAVE: Pedro Henríquez Ureña maestro /periodista/editor, ameri-canismo, vocación.

Hace muchos años, cuando aún era estudiante en la Universidad de La Habana, Camila Henríquez Ureña¹ habló a sus alumnos del Ateneo de la Juventud y del papel que su hermano, Pedro, había desempeñado en su fundación y desarrollo en México. Para nosotros, estudiantes de letras y periodismo, la figura que nos llegaba por la palabra de Camila fluctuaba entre la imagen doctoral, cuyo signo marcó varios países de América y, en un trayecto de regreso, los adolescentes que habían crecido en el viejo Santo Domingo.

Aquel conversatorio con la hermana menor de don Pedro, que he citado varias veces,² para mí fue el punto de partida hacia la obra y vida del ilustre dominicano. A partir de él y bajo la guía de Camila, me fui adentrando en los textos que el joven periodista escribiera para el diario *Heraldo de Cuba*, como su corresponsal en Washington durante los meses transcurridos desde noviembre de 1914 a abril de 1915, y que ella tenía por no reunidos en libro, pese a que el investigador argentino Alfredo A. Roggiano³ había publicado en 1961,⁴ en México, una selección de muy corta tirada.

¹ Santo Domingo, 1894-1973. Ensayista, educadora y crítica literaria. Vivió en Cuba desde los diez años de edad hasta poco antes de su muerte. Se doctoró en Filosofía, Letras y Educación en la Universidad de La Habana en 1917 y posteriormente estudió en las universidades de Minnesota y Columbia en los Estados Unidos. Fue editora del Fondo de Cultura Económica de México (1946-1947) y asesora técnica del Ministerio de Educación de Cuba (1960-1962). Se desempeñó como catedrática de literatura del Departamento de Lenguas y Literaturas Hispánicas de la Universidad de La Habana y de Vassar College, en los Estados Unidos. En 1970, la Universidad de La Habana le otorgó el título de Profesora Emérita. Sus ensayos fueron reunidos en *Estudios y conferencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1983.

² Ver Pedro Henríquez Ureña, *Desde Washington*, "Introducción", México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 13-14; en la misma edición se inserta una versión amplia de la conversación con Camila: "Anexo 2", pp. 182-191; "Itinerario de Pedro Henríquez Ureña", México, El Colegio de México, "Memoria" del Coloquio Internacional Pedro Henríquez Ureña en el LX aniversario de su muerte, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, en prensa.

³ El Dr. Roggiano (1919-1991) fue filólogo y profesor en las universidades de Iowa y Pittsburg, en los Estados Unidos, y un gran promotor del estudio de la lite-

La escuché hablar entonces de la importancia de tales comentarios que, aunque breves, revelaban una parte esencial del ideario americanista de su hermano y junto a ello, aspectos sociales y de la relación entre gobiernos del área en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

Mi primer acercamiento al conjunto de los escritos, insertados en una columna que se identificaba con el nombre de *Desde Washington*, me los reveló como raras joyas dentro de la especializada gama temática de un teórico del lenguaje y analista de la historia literaria y cultural de nuestros países, como ya apuntaba ser Henríquez Ureña.

Lo que no pensé entonces fue que al tomar ese segmento de su trayectoria, lo estaba haciendo justo en un punto medular en su proceso de crecimiento intelectual y vital: catorce años antes de la cúspide que significó la publicación de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Argentina, 1928); catorce años después de que comenzara el siglo XX, en cuyo arranque se graduaba de bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto Profesional de Santo Domingo y se preparaba para emprender, junto a su padre y su hermano Francisco, el primer viaje que le dejaría las vivencias de un adulto, intelectual y vitalmente hablando; así la ciudad de Nueva York los recibió el 30 de enero de 1901.

Esos iniciales catorce años del siglo marcan en la vida de Pedro Henríquez Ureña un primer ciclo de formación independiente, ya lejos del ámbito familiar y también el comienzo de una vida itinerante que se va a desarrollar a lo largo del continente, de norte a sur, y de igual modo a través de periódicos y revistas, de sur a norte. Escasas son las incursiones a Europa y sólo la primera visita a España, en 1917, tiene repercusión esencial en su pensamiento; aunque su presencia en publicaciones periódicas del mundo hispano, en Francia y aun en Gran Bretaña, permanece al paso de los años desde 1908 –*Revue de Metaphysique et de Morale*– hasta 1936 –*Revista de Filología Española*.

ratura iberoamericana. También autor, entre otros títulos, de *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, FFyL-UNAM, 1989.

⁴ Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. La selección incluye 40 de los 46 artículos que constituyen el total de los despachos del corresponsal para *Heraldo de Cuba*.

En ese tiempo de salida al mundo aparecen México, con huella indeleble, y el Ateneo de la Juventud, junto a las revistas, periódicos y semanarios que daban voz a esa generación.

El Ateneo cual parteaguas

La observación del desarrollo del pensamiento de Henríquez Ureña arroja una primera y gran impresión: la coherencia. Desde el ámbito familiar, el joven Pedro se fue forjando mientras crecía, no sólo en el estudio y la investigación solitarios, sino en la mirada inquisitiva hacia el exterior. En ese avance progresivo se sirvió de todo: los libros, el empeño de una familia de maestros, el disfrute del teatro y las artes plásticas, así como de la ávida lectura de revistas y periódicos. Puede afirmarse con toda certeza que asimiló desde muy pronto su época, con todo lo que ella comportaba y le ofrecía. Su sed de conocimiento se atrajo la influencia de una generación de independentistas ilustrados y valientes: su madre, Salomé Ureña, poetisa mayor de República Dominicana; su tío, el ilustre mentor Federico Henríquez y Carvajal; su padre, el médico Francisco Henríquez y Carvajal, quien llegó a ser presidente de la República,⁵ sin descontar a los amigos cercanos a la familia: el maestro de Puerto Rico, Eugenio María de Hostos, y el prócer cubano José Martí. Con esa formación, el joven de 17 años que arribó a Nueva York en 1901 ya llevaba en su equipaje los ingredientes de un humanista que México, y en particular el Ateneo de la Juventud, terminarían de moldear:

Y es que en la casa y en el contexto familiar también adquirió los valores humanísticos y americanistas que le caracterizaron, así como el germen de su vastísima formación literaria, filosófica y científica, en la que la historia de nuestra cultura latinoamericana se integra a la cultura universal. Esta síntesis le permite manejar con asombrosa modernidad ideas y teorías tan disímiles como las que van de los griegos a Bergson y Rodó; de Nietzsche a Hostos, de Ortega y D'Annunzio

⁵ Elegido en julio de 1916. Unos meses después, Estados Unidos invadió el país, en medio de una crisis política, y el presidente fue obligado a marchar al exilio.

a Martí; pero además [...] es la que sustenta su concepción del mundo y de la literatura, en especial su americanismo y dominicanidad.⁶

En 1905 se registra su primera colaboración para un órgano de los Estados Unidos, *La Propaganda Ilustrada*, de Nueva York. El comentario se tituló “Dos controversias shakesperianas” y apareció en la edición de septiembre. Dieciocho meses antes, Pedro y su hermano Francisco habían dejado esa ciudad tras una estadía de tres años. Fue un difícil aprendizaje, lleno de carencias y duro trabajo, pero también de estudio e inmersión en la vida norteamericana. En el *ferry* que lo llevaba de regreso al Caribe, Pedro anotó en su diario: “No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza moral e intelectual debía servir para vivir entre mis gentes. Al salir, recuerdo que vi con curiosidad cómo la metrópoli adquiría a la distancia una tonalidad gris, y cómo desaparecía al fin, perdiéndose entre el color del horizonte.”⁷ El mismo año de 1905 es también el de su primer libro, *Ensayos críticos*, que publicó en La Habana.⁸

En consecuencia, al llegar a México el joven Pedro ya tenía un importante aprendizaje de su primera salida al mundo, un libro publicado y, en el arca del conocimiento y la experiencia, una tradición familiar en la que había descubierto vocación de maestro, escritor y editor. Igualmente había adquirido estilo literario y procesado un incipiente pensamiento sobre lo que Hispanoamérica era en el contexto del mundo; el cual cultivó, enriqueció y perfeccionó en el curso de su peregrinaje.

Al tratar el tema de la escritura de su hermano en esa época formativa, la maestra Camila reflexiona:

El estilo de Pedro es un estilo sencillo, desnudo, que persigue una gran exactitud, una gran pureza. Creo que fue algo muy personal y a ello dedicó una gran asiduidad. Hay páginas suyas, de las primeras, como la página introductoria de *Horas de estudio*, en que se nota el cuidado en perfeccionar una forma de prosa que era nueva. Podría en ella señalarse como origen la prosa modernista, por la frase corta,

⁶ Soledad Álvarez, “La pasión dominicana de Pedro Henríquez Ureña”, pp. 634-635.

⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias*, p. 93.

⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, Imprenta de Esteban Fernández.

el período no demasiado extenso, la ausencia de declamación, la pureza en la elección de los términos.

Hay que recordar que aquel período, de fines del siglo pasado a principios de éste, fue un período de escritores estilistas. El período en que Azorín y Unamuno y en general la generación del 98 están precisamente haciendo la labor constructiva en el estilo español. Y si alguna influencia puede señalarse en Pedro es sin duda la de la generación del 98. Ustedes recordarán que Pedro escribió un estudio bastante extenso sobre Azorín, que creo está incluido en la *Obra crítica* publicada recientemente [1960] por el Fondo de Cultura Económica. Esa preocupación no fue sólo de él. Más tarde, cuando él fue a México, se encontró con el grupo de los jóvenes mexicanos que formaron la Sociedad de Conferencias, la que después fue el Ateneo de la Juventud. Todos ellos tenían esa preocupación por el estilo, empezando por [Alfonso] Reyes, que llegó a ser uno de los mejores estilistas de la lengua española.⁹

Por otro lado, es sabido que en el seno de la familia, Pedro y Max ensayaron sus primeros instrumentos en la escritura y la edición de revistas y periódicos. Los receptores eran los más inmediatos, pero cualquier visitante que tocara a las puertas del hogar dominicano podía tener noticia de tales publicaciones:

Pedro y Max fueron fundadores de periódicos y revistas desde que eran niños. [...] Una de sus primeras actividades fue hacer antologías dominicanas, donde incluían cuanta poesía veían que se publicaba; las ojeaban, las cortaban y las pegaban en un libro. No contentos con tomar de los periódicos, "quisimos tener periódicos propios", dice Max. Entonces lanzó a la circulación en el hogar una hojita manuscrita semanal, con pésima letra y alguna que otra falta de ortografía. Le puso por nombre *La Tarde*, naturalmente se editaba un solo ejemplar que circulaba en la casa de mano en mano. Alguien le hizo observar que el nombre elegido era más propio de un diario que saliera todas las tardes y éste era semanal; entonces cambió el título por el de *Faro Literario*. Pedro echó a circulación otra hojita que bautizó *La Patria* y en ella aparecieron reproducciones de obras de nuestros poetas, con comentarios suyos que acaso fueron la primera manifestación de sus futuras dotes de crítico y ensayista. De

⁹ Camila Henríquez Ureña, en "Conversatorio con Camila", p. 70.

modo que siempre fueron, espontáneamente, periodistas. Max no dejó nunca la actividad de fundar y dirigir periódicos durante su vida, y Pedro escribió en periódicos siempre. Después de *Patria y Faro Literario* hubo uno que se llamó *El Siglo XX*, y como les decía yo, eso fue antes del siglo XX. Ellos tenían una edad muy tierna, porque habían nacido en los años ochenta y cuatro y ochenta y cinco, y antes del XX ya habían fundado una revista con ese nombre. Después, ya se reunieron con grupos de otros jóvenes que también se dedicaban a la actividad literaria y publicaron una revista que se llamó *Nuevas Páginas*, fundada por el mayor de nosotros, Frank, y otros jóvenes. Pedro y Max además escribían en la *Revista Literaria*, ya una revista sería, publicada por un escritor llamado Enrique Deschamps.¹⁰

Luego, desde los Estados Unidos y pese a tener que ganarse la vida para subsistir en esa ciudad, Pedro no dejó de colaborar en *El Ideal*, la revista que editaba Max, quien debido a su juventud había permanecido en la República Dominicana.

El proceso de la búsqueda

El 7 de enero de 1906, el joven Henríquez Ureña llegó a México, donde permanecería ocho años (1906-1914), cumpliendo una tarea de aprendizaje y magisterio, “los más fértiles de su vida” de acuerdo a José Luis Martínez.¹¹ México le daba las armas de batalla, como a muchos otros de antes y después, para enfrentar al mundo.

El ciclo de su vinculación a publicaciones periódicas del continente ya se había abierto y no se cerraría nunca. En torno a ellas conocería personas y grupos que serían esenciales en su desarrollo intelectual y en su afecto. Camila narra el curso de su entrada a México:

Cuando Max vino para Santiago de Cuba fundó una revista seria [*Cuba Literaria*] [...] [que] publica los primeros trabajos de Pedro como crítico y ensayista; entre ellos su estudio sobre Rodó, y su estudio sobre D'Annunzio, que después van a formar parte del libro *Ensayos críticos*.

¹⁰ Camila Henríquez Ureña, *ibid.*, p. 72.

¹¹ José Luis Martínez, “Pedro Henríquez Ureña (1884-1984)”, p. 14.

Cuando se traslada Max a La Habana viene a colaborar en el diario *La Discusión* y la revista semanal *El Figaro*. Pedro se dirige a México y allí es redactor de *El Dictamen* y luego de la revista *Crítica*, que fundó junto con Arturo de Carricarte, un martiano bastante activo que en aquel momento estaba en México. La revista *Crítica* alcanzó cierta resonancia en el mundo intelectual, aunque de ella sólo se publicaron tres o cuatro números pues Pedro se trasladó a la capital mexicana y esto se publicaba en Veracruz.

En la capital, conoció al grupo literario de la *Revista Moderna*, al poeta Jesús Valenzuela, y también entró a formar parte del cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*, que era uno de los grandes diarios de México en aquella época; así que ya era periodista profesional. Pero todo ese movimiento periodístico se completaba con las actividades intelectuales del grupo; se reunían siempre en las que llamaban “tertulias literarias”.¹²

En la convivencia con sus iguales de diferentes tendencias, formaciones y expectativas se forjó como pensador, bajo el común denominador del estudio de la cultura griega. Si hubiera que seleccionar entre los muchos aportes que el joven dominicano hizo a quienes le rodearon en esos años, habría que destacar en primer lugar la pasión por el estudio y el rigor con que la asumía; un rigor científico adquirido en la formación familiar que dio eje a su vida. Este caribeño inusitado se impuso una disciplina para no permitirle el estancamiento, cada vez que tuvo que aceptar un trabajo pedestre a fin de asegurar la subsistencia, al tiempo que proseguía en el estudio y la investigación.¹³

Esto le permitió llegar, pese a cualquier calamidad, a las conclusiones de 1926 y continuar la búsqueda con esa “capacidad de comunicar una complejidad con expresión simple, sin que por ello la complejidad del contenido expuesto se reduzca a simplificación”,¹⁴ que le atribuyó Rafael Gutiérrez Girardot, precisamente porque: “Cuando Pedro Henríquez Ureña hace una enumera-

¹² Camila Henríquez Ureña, en “Conversatorio con Camila”, pp. 73-74.

¹³ Al respecto, se indica en el texto recién citado: “Mi hermano Pedro trabajó para ganarse la vida desde que entró en la casa de Silveira, una compañía de seguros donde era oficinista [en 1904]. Así que no fue porque no tuviera otra cosa que hacer más que leer.” Camila Henríquez Ureña, *ibid.*, p. 71.

¹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. *Pensamiento hispanoamericano*, p. 253.

ción de autores con sus fechas precisas, la apariencia engaña: no es una enumeración, sino la exposición sucinta de un proceso.”¹⁵

En el contacto con el grupo ateneista, Pedro retomó su vocación por la enseñanza y la promoción cultural. En tal sentido José Luis Martínez indica:

[...] va constituyendo, con el apoyo principal del filósofo Antonio Caso, un núcleo que trabaja activamente en su formación intelectual. Los incita a estudios y lecturas más amplios y exigentes, guía sus vocaciones, corrige sus trabajos, abre sus horizontes y les infunde una norma de rigor, precisión y claridad en sus trabajos y austeridad en sus vidas. Los persuade también de los beneficios del trabajo en equipo, que se manifestará sobre todo en las series de lecturas y comentarios de textos clásicos y de filósofos modernos, y poco después con la organización de conferencias y otras actividades públicas. Todo ello marcará una honda huella en la cultura mexicana. Son los “días alciónicos”.¹⁶

Fue en el seno tanto de la Sociedad de Conferencias (1907) como del Ateneo de la Juventud (1909), ambos nacidos a la sombra de las revistas y en el fragor de las discusiones y la búsqueda de la verdad, cuando comienzan a añorarse las jornadas adolescentes: “Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alciónicos.”¹⁷ Al respecto, cuenta Camila:

Los jóvenes del Ateneo conocían la literatura griega al dedillo; la leyeron traducida, pero penetraron en ella; consagraron años al estudio de los griegos. Era un grupo bastante grande de jóvenes. Pedro me contaba de cuando decidieron leer, una noche, *El Banquete* de Platón, siete de ellos; leerlo como si representaran *El Banquete*, interpretando cada uno de ellos a uno de los comensales, y luego hacer el comentario de la lectura; comenzaron en la prima noche, les amanejó y no se habían dado cuenta: el día los sorprendió.

¹⁵ *Ibid.*, p. 253.

¹⁶ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 14. La frase “días alciónicos”, proviene del texto que preside el segundo libro de Henríquez Ureña, *Horas de estudio*, publicado en 1910.

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, p. 51.

Todos ellos tuvieron una etapa de “fiebre griega” y nunca perdieron luego el nexo estrecho con la cultura griega. En Alfonso Reyes se nota a través de todos sus trabajos sobre la crítica, que basa en el estudio de los griegos. Escribieron hasta tragedias helénicas. *La Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes es muy bella. *El nacimiento de Dionisios*, de Pedro, es un ensayo de tragedia griega. Hacían estos ejercicios, sobre todo para penetrarse bien de la estructura y el espíritu de las creaciones griegas. [...] Esa nueva generación va a originar el grupo del Ateneo de la Juventud de México.¹⁸

Para hablar del pensamiento ateneísta, del cual Henríquez Ureña y Antonio Caso fueron ejes esenciales, no es posible dejar de mencionar su combate al positivismo, que fue en realidad el soporte filosófico del Ateneo. En la Sociedad de Conferencias y su estudio de los griegos se ensayó el instrumental cultural-literario necesario para enfrentar a las huestes positivistas en el terreno filosófico. La generación del Ateneo —nos dice Leopoldo Zea— percibió el positivismo como “el instrumento ideológico del cual se servía una determinada clase social para justificar sus prerrogativas sociales y políticas”.¹⁹ El propio Zea lo sustenta de esta manera:

Samuel Ramos ha mostrado con acierto que lo que no pudieron hacer los ataques de jacobinos y católicos contra el positivismo lo hizo la generación del Ateneo. Y es que no se trata simplemente de la generación del Ateneo, sino de una nueva generación de la cual era expresión la del Ateneo. En el fondo se trata de la generación que haría la revolución contra una forma social y cultural llamada el Porfirismo.²⁰

En 1909 el positivismo era una filosofía ya superada en Europa. Acá, como se ha visto, no sólo se difundía, si no que se fomentaba y se aplicaba a los fines más oficialistas de segregación y perpetuación en el ejercicio del poder. José Vasconcelos en 1922 declaraba: “A base del darwinismo social se pretendió negar al pueblo su derecho a opinar y defender sus intereses. Toda intervención contraría a los efectos de las leyes de supervivencia era condenable.

¹⁸ Camila Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 71-72.

¹⁹ Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, p. 31.

²⁰ *Ibid.*, p. 32.

De acuerdo con estas leyes, en la lucha por la vida siempre triunfaban el más apto.”²¹

Zea define la inconformidad de los ateneístas, presididos por Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, como una inconformidad cultural; no sólo con la doctrina filosófica, sino con su manifestación en el ambiente intelectual mexicano. Esta inquietud se expresa a lo largo de la existencia de Henríquez Ureña en algo que ya había previsto en el segundo ensayo donde comenta las conferencias de Caso, “El positivismo independiente”, cuando advierte acerca de “la inercia que en la América española (y particularmente en México) lleva todas las cosas al estancamiento rápido”.²²

¿Efecto de la doctrina positivista que durante años fue influjo del pensamiento mexicano? ¿Producto del darwinismo social cuya aplicación no ha podido ser desterrada totalmente de las estructuras oficiales, oficialistas? Pasó todo un siglo y aún tenemos responder a tales preguntas. Lo cierto es que estos ateneístas, que hoy traemos a colación en circunstancias de aniversario, ya lo veían. Henríquez Ureña lo combatió durante toda su vida. Lo combatió incluso en sí mismo, para no dejarse devorar, como ya hemos dicho, por las pobres funciones que con frecuencia debió asumir para sostener a su familia. La inercia que lleva al estancamiento rápido nos habría despojado de su legado.

Las siete conferencias sobre el positivismo que impartió Antonio Caso en 1909, junto a los dos comentarios publicados en julio y agosto por Henríquez Ureña en la *Revista Moderna* de México, marcan el punto más alto en el pensamiento ateneísta. Un punto definidor aun en sus divergencias.

La lucha particular de Henríquez Ureña, inmersa en la oposición del Ateneo en su conjunto, contra el positivismo, continuó, sobre todo en la educación. Esto es lo que concluye Alfredo A. Roggiano:

Puede decirse que desde 1904 Pedro Henríquez Ureña dedicó su obra a combatir toda clase de determinismos positivistas, naturalistas o materialistas. Los comentarios a las conferencias de Caso y sus estudios sobre el pragmatismo tienen este fin. Las citas que en esos ensayos hace prueban la erudición y la orientación más acertada

²¹ De un discurso publicado en *El Maestro*, 1922, citado por Leopoldo Zea en *El positivismo y la circunstancia mexicana*, p. 31.

²² Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 71.

que en esos momentos se tenía frente al positivismo. Critica a Caso su tímido antipositivismo (Caso se decía intelectualista) y proclama la necesidad de una vigorosa defensa de todas las manifestaciones filosóficas que pudieran conducir a un nuevo idealismo y a una vuelta a la metafísica. Esta es la idea fundamental de sus comentarios a las conferencias de Caso.²³

En esos años, *los más fértiles de su vida*, encontró empleo en la compañía de seguros La Mexicana, pero no por ello dejó de asistir y animar las sesiones del Ateneo, ni de impartir conferencias, ni tampoco abandonó la crónica sobre teatro y música. El resumen de lo publicado en periódicos de varios países, casi sugiere una omnipresencia del autor quien, además, preparaba su segundo libro, *Horas de estudio*, aparecido en 1910 en París bajo el sello de Ollendorf. Su hemerografía de esa época consta de 178 textos aparecidos en publicaciones de ocho países, encabezados por México, donde publicó 96 artículos en 28 órganos impresos; seguidos por República Dominicana, con 39 para seis publicaciones, y Cuba con 15 para seis. En abril de 1914 dejó México. José Luis Martínez comenta así el periodo:

Termina así este primer lapso mexicano en la vida de Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914, que sería fecundo para nuestra cultura. Gracias a la intensa vocación de magisterio y promoción que se despierta en él, y al encuentro con un grupo de alta calidad, Henríquez Ureña es el alma de un movimiento de renovación y modernización intelectual que, actuando paralelamente a la transformación política y social del país que opera la Revolución mexicana, realiza otra revolución en el orden del pensamiento. De ella nace la cultura moderna de México.²⁴

Al volver, siete años después, retomaba el ejercicio que iba a completar una hemerografía mexicana integrada por 153 textos que aún esperan su rescate de las páginas de revistas y periódicos de la

²³ Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, p. 59.

²⁴ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 16.

capital y de varios estados del país, cuyas fechas transitan de 1905²⁵ a 1945,²⁶ un año antes de su muerte. Toda una vida.

Después del Ateneo

Ese estado de alerta permanente ante el estancamiento y la inercia lo tuvo en vigilia. El equipaje de 1906 se nutrió en 1914 con la experiencia que significa haber aplicado el bagaje cultural a la vida práctica, como conferencista y periodista, pero ante todo como maestro. Don Pedro dejó México en esta primera ausencia con una determinación vocacional muy definida hacia el magisterio y con un bagaje emocional y de crecimiento personal que convertía a este país en su segunda patria. Sin haber nacido aquí, se había hecho parte de una generación trascendente a la que pudo aportar método de estudio y consistencia de ideas, al tiempo que forjaba su propia formación como pensador y escritor.

El Henríquez Ureña que sale de México hacia La Habana, con la intención de seguir a Francia, es ya un humanista de talla. La coherencia que le había legado su estirpe familiar quince años antes le condujo hacia ese pensamiento integrador que le permitió crear un sistema que atraía los nutrientes de otros sistemas, de diversas filosofías, de cualquier área del conocimiento, del arte, de la ciencia.

En agosto de 1914 estallaba la Primera Guerra Mundial, lo que impidió que siguiera hacia Europa. El dr. Manuel Márquez Sterling, destacado intelectual cubano, dueño y director del diario *Heraldo de Cuba*, le ofreció entonces la corresponsalía del periódico en Washington. En noviembre, estaba otra vez en Nueva York y en Washington, donde permanecería hasta 1921.

Su segunda estancia en los Estados Unidos le tiene como un agudo observador de los acontecimientos mundiales desde un mirador de privilegio, y le tiene también como un periodista que no regateaba sus dotes de escritor, su vasta cultura, al ejercicio cotidiano. Cada una de las notas, aun las más breves, que aparecieron

²⁵ Su primera colaboración a un medio mexicano se registra el 17 de diciembre de ese año en *El Español*, de Mérida, Yucatán, donde apareció el poema "La serpentina".

²⁶ "Pasado y presente", apareció en *Letras de México*, el 10 de abril de este último año.

durante esos años en *Heraldo de Cuba*, en *Las novedades* de Nueva York y en publicaciones de Santo Domingo y México, llevan el sello de un estilo depurado y preciso. La prisa, que es un rasgo común a la redacción periodística, no evitó que su escritura transpirara la meditación que había tras ella, lo cual añadía confianza en su afirmación.

La práctica del periodismo, a veces vertiginosa, que acompañó todo su hacer mexicano fue una escuela que lo preparó para transitar entre los avezados corresponsales que reportaban desde el frente europeo de la guerra. Él era un analista y su pensamiento integrador le permitió apoderarse de los hilos que la realidad le ofrecía para estar en la posibilidad de conocer, incluso predecir, cuál sería el rumbo de la relación de los Estados Unidos con la América Latina tras el fin de la guerra.

El azar lo colocó en Washington, no en Europa, tras el primer periodo mexicano y allí pudo ensayar todas sus armas, y aun decidir las líneas de sus próximas reflexiones. En 1917, tras una breve visita de estudio a España, donde ya estaba Alfonso Reyes, escribió el ensayo “El espíritu y las máquinas” portador de una de las grandes claves de su pensamiento: el espíritu es más importante que el progreso, aunque sin progreso no habrá desarrollo pleno del espíritu. Algo que expresó así:

Hay que atender a la buena maquinaria, a la eficacia técnica, porque sin ellas el espíritu no se manifiesta en plenitud. El espíritu debe interesarnos más que el progreso en el orden material o mecánico; pero el progreso en tales órdenes debe ser garantía de la integridad del espíritu.²⁷

En 1921 regresó a México para participar en el proyecto educativo de José Vasconcelos, entonces al frente de la secretaría de Educación Pública. Traía consigo el título de doctor en filosofía, obtenido en la Universidad de Minnessota, lo que unido a su ejercicio literario hizo crecer su aporte al país de esos días. El profesor Pablo Serrano ha comentado:

[Fue] el primero en proponer la profesionalización de los estudios literarios, no formar “dilettanti” sino para estudiar humanidades “en

²⁷ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 192.

serio”; el único del Ateneo en tener una vocación doble, literaria y filosófica, que le dio herramientas para contribuir al desmantelamiento de la pedagogía positivista imperante en la Preparatoria y en las escuelas universitarias.²⁸

Años después, al iniciar “El descontento y la promesa”, el primero de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, explicaría: “en cada generación se renuevan el descontento y la promesa”.²⁹ Tal parece que se erigía así en depositario de los descontentos y promesas de varias generaciones de hispanoamericanos, desde la independencia hasta los primeros avances del siglo xx, al proponer la formación de un plan único, continental, de nación, que no fue más que solicitar al conjunto del pensamiento más lúcido de nuestros países dar continuidad al proyecto que José Martí dio a conocer en el México de 1891 en el ensayo “Nuestra América”: “El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.”³⁰ Él, por su parte, tomaba la acción generacional y la plasmada en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, para desarrollar en extensión la idea embrionaria que ya había expuesto en el texto de 1917.³¹

Entonces, el descontento y la promesa venían a añadirse, en México y en el resto de la América hispana, a la inercia y el estancamiento como características que observara —casi predijera— en 1909. Pareciera que aquí el esfuerzo por el ejercicio independiente y el libramiento de la larga tiranía de Porfirio Díaz, revolución por medio, había sido extenuante. Y su efecto debilitador habría de sentirse durante buena parte del siglo xx mexicano.

Ya en esos días, mientras reflexionaba sobre la América hispana —siempre a partir de México³²—, Pedro vivía en Argentina, donde su labor como maestro viajaba de Buenos Aires a La Plata,

²⁸ Pablo Serrano, “Una encuesta en torno al papel que desempeñó Pedro Henríquez Ureña en México”, p. 19.

²⁹ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 21.

³⁰ José Martí, *Nuestra América*, p. 66.

³¹ “El espíritu y las máquinas” apareció por primera vez en *El Gráfico* de Nueva York, en octubre de 1917; luego en *Baja California*, de San Diego (1918), y en *Panorama mundial*, de México (1918); *La Unión Hispanoamericana*, de Madrid, lo publicó en 1919. Incluido en *Obra crítica*, FCE, México, 1960.

³² “Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones.” En Alfonso Reyes, “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, p. 164.

y su mirada continental media la influencia que sobre nuestra América ejercían España, lengua y cultura originales, y los Estados Unidos, poder económico y financiero.

La que transcurre entre 1938 y 1946, podría considerarse una etapa culminante de su papel como editor, que había comenzado en los lejanos días de su infancia en Santo Domingo. Esta vez muy ligadas a su ejercicio en la educación.

En México había conocido al argentino Arnaldo Orfila, quien lo introdujo en los medios intelectuales de Buenos Aires. Desde allí se proyecta y consume hacia México su etapa de mayor prestigio como editor, en buena parte por su implicación en la fundación de la editorial Losada (1938), en la cual integra su Consejo de Dirección, y por su papel como coordinador de la colección "Las cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal", cuyo programa incluía a muchos de los autores estudiados en los días ateneístas: Homero, Esquilo, Plutarco, Aristófanes. Pedro sólo alcanzó a ver impresos 21 títulos, entre los años 1938 y 1941.

Henríquez Ureña murió el 11 de mayo de 1946. El 13, día de su entierro en Buenos Aires, no había un solo ateneísta junto al féretro. Sobre Arnaldo Orfila, con quien conservó una larga amistad, recaía el lazo con México. Orfila le abrió las primeras rutas en aquella tierra cuando ya no le fue posible continuar viviendo en el país que amaba. Orfila estuvo hasta el final.

Para una suerte de conclusión

El gran legado del Ateneo de la Juventud y de Henríquez Ureña como parte esencial de aquel grupo es la vocación por el conocimiento. En una época en que las personas se reúnen en torno a otras cuestiones, a menudo relacionadas con ideologías y partidos políticos, tener al Ateneo de la Juventud como referente histórico en la primera década del siglo xx es, más que un ejemplo, un privilegio. Algo que debiera retomarse, al aire de los tiempos que corren, para sacudir la carcoma que nos corrompe a través del descrédito de los medios masivos de comunicación y muchos de sus líderes de opinión; de la publicidad que baña a las sociedades urbanas de la mañana a la noche; de esa propaganda política cada vez más burda y feroz; de los rumores provenientes de la prensa del espectáculo; de la pasarela brutalizadora por donde desfilan los personajes nacionales convertidos en el entretenimiento de moda.

Ante ello la lección del Ateneo continúa viva, porque conduce a una página que indica que hay que allegarse el conocimiento por cualquier vía y la académica sólo es una de ellas. El autodidactismo es otra. Muchos de los hombres ilustres de los siglos XVIII y XIX fueron autodidactas. Cuando la enseñanza oficial falla, el estudio por cuenta propia la debe suplir. Cuando la enseñanza oficial es buena, el estudio por cuenta propia debe completarla, continuarla. Los jóvenes del Ateneo eligieron ese camino al trasponer las aulas universitarias; muchos, entre ellos, tenían títulos adquiridos en la educación superior pero encontraron su vocación de estudio junto a sus compañeros más cultos. Allegarse el conocimiento fue un evento lúdico y acudían a las sesiones ateneístas sin abandonar el humor juvenil de sus días. Henríquez Ureña, destacado entre aquel grupo, traía un método que ya formaba parte de su identidad como pensador, como analista: no separaba la teoría de la práctica y, como lo dictara Hegel, proyectaba el conocimiento en estrecho vínculo con el objeto por conocer. Así, la enseñanza cobraba sentido también como aprendizaje, tanto como la academia debía aprender de la experiencia y el autodidactismo. Eso era lo que alimentaba el crecimiento del espíritu que él veía como fundamento del progreso, para que éste, finalmente, se erigiera en garantía de su integridad.

Bibliografía

- Álvarez, Soledad. "La pasión dominicana de Pedro Henríquez Ureña", en *Ensayos* de Pedro Henríquez Ureña. México, FCE, 1998, pp. 624-646.
- Anónimo [Nuria Nuiry]. "Conversatorio con Camila", en *Boletín*. La Habana, Universidad de La Habana, Escuelas de Letras y Periodismo, 1970, pp. 68-77.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Pensamiento hispanoamericano*. México, UNAM, 2006.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Obra Crítica*. México, FCE, 1960.
- . *Ensayos*. México, FCE, 1998.
- . *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Introd. y notas de Enrique Zuleta Álvarez. México, FCE, 2000.
- . *El descontento y la promesa*. México, UNAM, 2004.
- . *Estudios mexicanos*. Ed. José Luis Martínez, México, FCE, México, 2004.

- Martí, José y Simón Bolívar. *Nuestra América*. México, UNAM, 2003.
- Martínez, José Luis. "Pedro Henríquez Ureña (1884-1984), vida y obra. Un resumen", en *Estudios mexicanos* de Pedro Henríquez Ureña, México, FCE, México, 2004.
- Reyes Alfonso. "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" en *Obras completas*, XIII. México, FCE, 1960.
- Serrano Pablo. "Una encuesta en torno al papel que desempeñó Pedro Henríquez Ureña en México", en *Humanidades y Ciencias Sociales*. México, UNAM, vol. II, núm. 16, noviembre de 2006, pp. 19-22.
- Roggiano, Alfredo A. "Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador". República Dominicana. Disponible en: www.cielonaranja.com
- . *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, Cultura, 1961.
- Zea, Leopoldo. *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México, FCE, 1985.